

Ruptura

Karol Nieto

—Ya, tranquila. Se consigue otro y listo.

—Sí, pero... es que —solloza y se ahoga buscando las palabras— significaba mucho para mí... significaba todo para mí.

—Yo sé que era importante y que hay muchas cosas que serán difíciles de recuperar, pero pues cálmese.

—Es que usted no entiende —responde—. Era mi apoyo, era lo que me hacía levantar en las mañanas, me aconsejaba... Creo que sobre todo son los recuerdos.

—Debería ir al psicólogo.

—¡Usted no entiende! ¡Nadie entiende! Me quedé incompleta, como si me hubieran quitado un brazo.

Coge su bolso y de un salto sale a la calle. Empieza a caminar con pasos inseguros sin saber a dónde dirigirse. “Lo que me falta es que se me rompa un tacón y termino de hacer el día”. Un bus pasa a toda velocidad sobre un charco muy cerca de ella y moja por completo su falda blanca. Pega un grito, se le vuelven a salir las lágrimas y empieza a correr pensando que el tacón se le romperá. Sin proponérselo llega a la oficina, en donde todo ya está oscuro; se mira los pies y ve que sus tacones están intactos: “ahorita se rompe”. Da media vuelta y se dirige al paradero, adonde se suponía que debería ir en primer lugar. Espera cinco, diez, quince, veinte minutos y no pasa el que le sirve. Insulta cada vez más fuerte al bus, al señor del bus, a ella misma, a la vida, al señor que pasa ofreciendo cigarrillos, a la hora, a la noche, al tacón que se le

romperá, a la vida de nuevo. Por fin llega y, aunque al principio tiene que irse de pie, consigue fácil un puesto.

Llega a su destino y camina rápido. Se mira los pies esperando que el tacón se rompa, pero luego mira a la nada y le entran ganas de llorar; mas no va a llorar en la calle. Prácticamente trota en los últimos cuatro metros que la separan de su casa. Cierra con fuerza la puerta apenas entra, tira el bolso en un sofá y se quita los tacones que todo el día permanecieron intactos. Se dirige a la cocina, coge el tarro de nescafé enterrándole las uñas —ahorita se rompe—, se termina de servir su bebida, tira el tarro sobre el mesón y lo mira con odio porque sigue intacto, corre hacia la cama y empieza a sorber el café entre sollozos. No se da cuenta a qué hora se queda dormida.

A la mañana siguiente se despierta y no sabe qué hora es. Maldice a los cuatro vientos y luego recuerda que es sábado, vuelve a maldecir por no haberse acordado. Pasa el día canaleando y en pijama. No sale a nada, no habla con nadie, solo se queda frente al televisor.

El lunes sale temprano para el trabajo, habla solo lo estrictamente necesario. A la hora del almuerzo se va a mirar celulares, paga uno de última tecnología con la tarjeta de crédito. Vuelve a la oficina sin haber comido y empieza a revisar el celular, se da cuenta de que tiene muchas más cosas que el anterior y se emociona.

—Venga y estrenamos el celular tomándonos una foto —le dice a su compañera, que la cree loca.

—¿Sí ve? ¿Ya está mejor? —contesta mirándola a ella en vez de la pantalla.

—Sí claro, a este sí lo voy a cuidar mucho y no se me va a perder. Además, pagué un seguro, si este también se me pierde, en la empresa me lo reponen. No hay pierde.

Su interlocutora niega con la cabeza mirando su sonrisa, suspira y sonríe mirando el nuevo compañero incondicional de su amiga.

